

El siglo del "Quijote" **

Por Julián MARIAS

Julián Marías (Valladolid, 1914) es doctor en Filosofía y miembro de la Real Academia Española. Ha sido profesor visitante en universidades norteamericanas y catedrático titular de la Cátedra Ortega y Gasset de Filosofía Española. Entre otros libros es autor de *Antropología metafísica* y *España inteligible*. Con la publicación de este artículo, *CUADERNO GRIS* se adhiere al reciente homenaje que recibió su persona y su obra

La *Historia de España*, fundada y dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, actualmente por José María Jover Zamora, editada por Espasa-Calpe, continúa creciendo y dilatándose, se va aproximando a su meta. dar una imagen rigurosa y actual, minuciosa y ricamente ilustrada, de la historia de España en su conjunto, desde los más remotos orígenes hasta el presente. Obra ambiciosa y complejísima de muchos colaboradores, extendida ya durante más de cuarenta años, no posee la unidad de estilo que tienen las creaciones de una sola mano, ni siquiera las que proceden de un equipo coherente y homogéneo de estudiosos. La fuerte personalidad de Menéndez Pidal, su inmenso saber, la claridad de sus ideas sobre España, que iluminó en tantos aspectos y creo que no enturbió nunca, fue durante muchos años el factor unificador, el que imprimió fuerte huella a esta obra sin comparación en nuestro país. A pesar de ello, incluso antes de la muerte de don Ramón en 1968, algunos tomos de la *Historia* no representaban lo que era el proyecto general de ella, en cuanto al rigor o al acierto de las interpretaciones. Al irse agotando los diversos volúmenes, en algunos casos pueden reimprimirse, en otros es menester ponerlos al día, a veces es aconsejable su sustitución, si se quiere mantener el nivel de la *Historia* en su conjunto.

Ahora acaba de publicarse el tomo XXVI, con el título general *El siglo del "Quijote" (1580-1680)*, con una nota preliminar del director y un extenso e interesante prólogo de José Cepeda Adán, y un copioso equipo de colaboradores. Este tomo está dividido en dos grandes volúmenes: el primero, dedicado a Religión, Filosofía, Ciencia; el segundo, a las Letras y las Artes. Se trata, pues, de un tomo consagrado a la cultura —o, si se prefiere, a la civilización— de España en un siglo que no coincide exactamente con los de la cronología usual: el XVII, pero no completo, precedido por los veinte años finales del XVI. El *Quijote*, publicado en 1605

y 1615, queda muy al principio del período cubierto por este tomo. Si se hubiera dicho "El siglo de Cervantes", quedaría más justificado el comienzo del tiempo estudiado, ya que su primera obra impresa, la *Galatea*, es de 1585; pero el *Quijote* es de tal importancia y su irradiación tan poderosa, que no está mal cifrar en este libro el sentido de la cultura española de esta época.

Quiero señalar el valor de la ilustración de estos dos volúmenes. No sólo por su belleza y, en muchos casos, por su calidad, sino por lo que tienen de concreción y enriquecimiento. Innumerables retratos nos muestran las figuras de los personajes que aparecen, y cada vez doy más importancia a los rostros y lo que revelan; las portadas de tantos libros, en su mayoría desconocidos, no solamente leídos por muy pocos, sino ni siquiera vistos, nos recuerdan la multitud de publicaciones de la época, incomparablemente superior a los escasos libros que se han salvado, que permanecen vivos en el recuerdo o en la lectura. Y ello permite reflexionar sobre el destino —justo o no— que han tenido sobre la configuración real de las publicaciones de un período, modificada decisivamente por la supervivencia. Finalmente, los documentos, las obras de arte, las estampas que reflejan las formas de vida, añaden un elemento visual que mitiga el inevitable carácter espectral de toda reconstrucción de una época pretérita, que hace más fácil penetrar en una forma de mundo ya distante, superar los esquemas conceptuales a que puede reducirse.

* Texto cedido amablemente por "Saber Leer" agosto-septiembre 1987, número 7 Fundación Juan March.

** *El siglo del "Quijote" (1580-1680)*, autores varios. Tomo XXVI en dos volúmenes de la "Historia de España", Espasa-Calpe. Madrid, 1986. 848 y 880 páginas.



Y me parece importante señalar un mérito de la mayor parte de los extensos capítulos que componen la obra. Al referirse a un tratamiento de los diversos aspectos de la "cultura", existía la tentación de escribir monografías sobre sus diferentes aspectos en el siglo estudiado, es decir, capítulos de historias de la literatura, la ciencia, el pensamiento, la religión, la pintura, la es-

cultura, la arquitectura, la música, etc. Por lo general, en grados distintos, los autores han tenido presente que estaban componiendo una historia "de España", y las secciones correspondientes iluminan "las formas de vida" de los españoles y su nación desde fines del reinado de Felipe II hasta mediados del reinado de Carlos II. Ese carácter "histórico" se encuentra especialmente

en los capítulos sobre “La Ciencia y el pensamiento científico”, de José María López Piñero; “El pensamiento económico, político y social de los arbitristas”, de Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, “La imagen de Europa y el pensamiento político-internacional”, de José María Jover Zamora y María Victoria López-Cordón Cortezo; “La Historiografía”, de José Cepeda Adán, en el volumen I; y “La lengua castellana en el siglo XVII”, de Ramón Menéndez Pidal; “*El Quijote*”, de Martín de Riquer, “El teatro en la época barroca”, de José María Díez Borque; “La Arquitectura y el Urbanismo”, de Antonio Bonet Correa, en el volumen II. Sin que falten, por cierto, referencias a la perspectiva propiamente histórica en los restantes trabajos.

Atención especial merece el estudio de Ramón Menéndez Pidal que abre el volumen II: “La lengua castellana en el siglo XVII”. Podría ser un libro entero: 130 grandes páginas, con un rica bibliografía viva, quiero decir, innumerables referencias a textos efectivamente utilizados. Se trata, y hay que señalarlo, de una nueva aportación a la *Historia de España* de su fundador y primer director, casi diecinueve años después de su muerte. Fue justamente famosa la Introducción a la *Historia*, “Los españoles en la historia...”, que circuló ampliamente en forma de libro, en cambio, apenas ha recibido atención la extraordinaria investigación sobre “El Compromiso de Caspe, autodeterminación de un pueblo (1410-1412)”, sepultada dentro del tomo XV, que merecería ser leída aparte y estudiada con detención.

El capítulo que ahora comento procede de la *Historia de la lengua española* que preparaba Menéndez Pidal y no llegó a publicar en vida. La parte aquí incluida es una fracción de los capítulos XI y XII, lo que puede dar una idea de la magnitud de la obra emprendida por don Ramón. Este me ha hecho recordar algo que me contó Gregorio Marañón —el centenario de cuyo nacimiento se celebró en mayo—. Cuando Menéndez Pidal cumplió ochenta años fue a ver a su médico y amigo y le pidió un reconocimiento. El doctor Marañón le declaró que estaba en magnífico estado de conservación, pero don Ramón le indicó que deseaba algo más, y tímidamente le preguntó si creía que podría vivir todavía dieciséis años más. La razón de la pregunta era que estaba preparando algunas obras, y revisiones y reediciones de otras ya publicadas, y calculaba que necesitaría este tiempo para llevar a cabo sus proyectos. Como es sabido, a los dieciséis años pedidos añadió la Providencia tres más y ocho meses. Pero los proyectos de Menéndez Pidal iban más allá, y no pudo terminar, entre otras cosas, esta *Historia de la lengua española*, de la que ahora podemos leer un espléndido fragmento. Siempre he pensa-

do que mientras el “hombre” es una estructura cerrada que desemboca indefectiblemente en la muerte, la “vida humana” como realidad proyectiva y futuriza postula la perduración, pues no hay ninguna razón para que deje de proyectar. Menéndez Pidal, a pesar de su larga vida, confirma esta manera de ver las cosas.

Los capítulos que integran este estudio son: Culminación de la época clásica, 1554-1617, y Época barroca, 1610-1713. Empieza, pues, antes del plazo abarcado por este tomo, y termina después de su conclusión. El dominio que Menéndez Pidal tenía de las cuestiones que estudiaba es realmente asombroso. Creo que ésta es una de las razones de su extraño olvido en los últimos veinte años, iniciado ya cuando estaba todavía vivo. La masa de conocimientos que poseía puede parecer abrumadora para los que sienten más la emulación que la admiración. Pero no es la acumulación de saber lo que más cuenta, sino el magistral uso que Menéndez Pidal hacía de él. Lo convierte en sustancia “inteligible”, lo hace ingresar en estructuras mentales que vierten luz sobre la realidad histórica, sus innumerables noticias no se interponen entre el objeto y la mirada del estudioso, sino que sirven para dar relieve al primero, para hacerlo aprehensible y comprensible.

Tienen, además, una función decisiva: la “justificación”. Los libros científicos, sobre todo en el campo de las humanidades —sin exceptuar, lo que es más extraño, la filosofía—, suelen omitir en nuestro tiempo ese requisito indispensable. Donde no hay “evidencia” inmediata es menester el mecanismo de la prueba —del tipo que cada cuestión exija— para llevarla adonde hace falta. Hay una tendencia muy difundida a formular tesis que no se sustentan ni apoyan. En libros de historia es frecuente que se aduzca un “hecho”, muchas veces un testimonio o una cita, como si eso bastara para una interpretación, a veces amplísima.

VARIACION HISTORICA

Menéndez Pidal invoca una documentación que parece inagotable. Pero no se queda en ella, ni siquiera en su valoración inteligente, en las referencias mutuas entre los textos, en la apelación a los contextos —no sólo literarios, sino históricos—. Tiene presentes los diferentes “niveles” del lenguaje, en las diferentes épocas, en los diversos géneros, dentro de las obras singulares; por ejemplo, los que corresponden a los diversos personajes de una novela o una obra dramática, o de esa apasionante “acción en prosa” que es la *Dororea*.

No sólo esto, sino que considera, aparte del léxico, la

sintaxis, los matices estilísticos, el matizado uso de sinónimos (o “casi” sinónimos), las variantes regionales, los modismos, las licencias del habla coloquial —o la simulación de desaliño con propósitos refinadamente literarios—, las modificaciones lingüísticas procedentes del humor, de la afectación de ingenio, de los “desplantes” Tiene presente la influencia de los modelos literarios —positiva o negativa, desde la imitación hasta el desvío—. Estudia con admirable rigor la introducción de palabras nuevas, su recepción, la condenación por parte de algunos autores que también las usan, en otra obra o en otro momento; el destino de esas innovaciones, su aclimatación, a veces hasta hoy, o su paso fugaz por la lengua.

Por otra parte, esos cambios lingüísticos están vistos en el marco de la “variación histórica” de España como expresión de diversas formas de vida, de distintos “temple”, de los varios supuestos desde los cuales se habla o escribe, porque desde ellos se “vive”. Ese trozo de la historia de nuestra lengua en siglo y medio ilumina inesperadamente la realidad íntegra de España en ese período decisivo. Y a la vez nos descubre cómo la “interpretación” que los españoles han hecho de su propia realidad, es decir, las maneras como se han sentido, son en buena medida resultado de su forma de hablar y escribir, de la lengua misma, que es “ya” interpretación. Imagínese el beneficio que reportaría a la ciencia histórica el poseer una historia de la lengua tal como la conoció y parcialmente realizó Menéndez Pidal.

Con mirada penetrante examina las “tentaciones” lingüísticas que la literatura ejerce sobre los hablantes y los escritores; por ejemplo, entre la “llaneza” de Lope de Vega y el “cultismo” o “culteranismo” de Góngora. Explora lo que se podría llamar los límites de la inteligibilidad, a los que se aproximaron muy peligrosamente unos cuantos autores de fines del XVII. Busca las palabras que en una época determinada “causan placer”, fenómeno interesantísimo y muy revelador.

Pero, sobre todo, y esto es lo que tiene sentido histórico más profundo, Menéndez Pidal estudia los diferentes “registros” del lenguaje, las diversas hablas: la prosa fre-

gona, el habla discreta, el lenguaje de palacio o de estrado, lo que llama prosa de galanes, etc. Se acerca, más de lo que parece posible para una época remota, al conocimiento del “uso lingüístico”, de las vigencias generales o parciales de un siglo muy largo. Si poseyéramos algo análogo para todo el milenio de nuestra lengua, la historia de España se volvería mucho más transparente, se aclararían no pocos de los secretos que encierra.

Mi larga ocupación con cuestiones históricas, empezando por la historia del pensamiento, me ha acentuado el interés por esa disciplina y la sensibilidad para sus logros y deficiencias. En muy diversos campos he experimentado las dificultades de la comprensión de lo histórico, en la literatura, en el arte, en la política, en lo que a veces se llama historia general y habría que llamar “integral”, de las sociedades en su conjunto y los hombres que las componen. He echado de menos la comprensión de los fenómenos históricos, la escasa transparencia que se ha logrado en buena parte, desproporcionada con los recursos y los esfuerzos invertidos. Me ha dolido especialmente esta deficiencia respecto a nuestra propia historia española, pero si se mantiene el mismo nivel de exigencia se ve que el conocimiento de otros países o culturas no es tampoco satisfactorio.

Creo que los “supuestos teóricos” utilizados al hacer historia no están muchas veces a la altura del conocimiento a que se ha llegado acerca de la vida humana, individual y social. Cuando escribí *España inteligible* intenté aplicar ese conocimiento, el método de la razón histórica, a la comprensión de lo que “ya se sabía” de la historia de España. Por eso veo con enorme interés que se den pasos certeros hacia ese conocimiento urgente. El olvido de la historia es una de las mayores amenazas que se ciernen sobre nuestra época, especialmente los dos o tres últimos decenios. Esta *Historia de España* que va creciendo ante nuestros ojos robustece nuestra esperanza. Hay que desear que toda ella se vaya poniendo a la altura de sus porciones más inteligentes y fecundas.